

REFLEXIÓN PEDAGÓGICA

CAPITULO II

Cuando el director abrió la puerta del aula, una tiza pasó silbando junto a su cabeza. El maestro Ciruela, con un movimiento agilísimo, logró cogerla al vuelo y se la dio al loro. El animal se puso a chuparla como si fuera un bombón, que el calcio es bueno para las aves.

— ¿Quién ha sido? —preguntó el director. Se hizo un silencio masticable como los chicles del maestro Ciruela. —Yo no he sido —afirmó una voz infantil, con aire de lección aprendida.

—Ya lo sé, Oscar —concedió don Onofre. El ruido de un ejército de moscardones humanos se dejó oír en la clase. Don Onofre, malhumorado, ordenó silencio con un gesto e hizo otro al maestro Ciruela, invitándolo a que pasara. Los niños, al verlo, empezaron a reír por lo bajini.

El director los miró severamente y dijo: —Quiero presentaros a don Teófanés Ciruela... ¿Cuál es su segundo apellido? —No tengo. — ¡Cómo no va a tener segundo apellido!

—Claro que sí. Mi madre se llamaba Margarita Notengo Martínez, y por eso mi segundo apellido es Notengo.

Los niños dejaron escapar sus risitas volanderas y don Onofre se puso muy nervioso. — Bien, pues don Teófanés Ciruela Notengo será vuestro profesor durante este curso.

Espero que os comportéis con él tan bien como hasta ahora lo habéis hecho con anteriores maestros. Y basta de risas. Don Teófanés, le dejó con su clase. Nada más salir, los alumnos prorrumpieron en carcajadas, provocadas, sin duda, por la estrafalaria figura del nuevo maestro. El barullo se hizo ensordecedor, hasta que una voz enérgica lo acalló:

— ¡Silencio!, al que arme jaleo le arranco la nariz. Los chavales se quedaron más cortados que el pelo de un soldado. El loro había hablado.

CAPITULO III: PROHIBIDO PROHIBIR

El aula de quinto curso era luminosa, gracias a los amplios ventanales que corrían a lo largo del muro, por los que se asomaban con curiosidad las acacias y los chopos del patio. Tal vez quisieran diplomarse en magisterio o impartir algunas lecciones de botánica. El aspecto de la clase resultaba alegre y calmoso. Lo único inquietante eran los alumnos. Si habían dejado de reír y alborotar no se debía a otro motivo que al miedo a perder la nariz de un picotazo o a la sorpresa frente a la enérgica autoridad del plumífero visitante.

Pero el panorama no parecía que intimidara a don Teófanés Ciruela que se mostraba sonriente y complacido. —Supongo que sabréis disculpar al loro —dijo—. Aunque parezca algo bruto, os garantizo que es animal de buen corazón. Puedo aseguraros —añadió sin darle importancia— que no creo que haya arrancado más de tres o cuatro narices. Los chavales se miraron de reojo.

Víctor, que era bajito, pecoso y con pinta de cabecilla de ejército de contradicción, apuntó por lo bajo: —Hay que cargarse al loro. El maestro Ciruela no debió de enterarse del asunto, pues continuó: —Bueno, ahora que nos conocemos, me gustaría que me explicaseis la causa de vuestras risas.

Nadie parecía dispuesto a dar tal explicación. El maestro miró a todos sin apartar su sonrisa y, en vista de ello, se dirigió a Lucas, el más alto y orondo de la clase. —A ver, dímelo tú. Lucas agachó su redonda cabeza, movió los mofletes y se encogió de hombros. —No sé... , como los demás se reían.. . — ¿Sólo eso? Di algo más, porque supongo que sabrás decir algo más, ¿no? Lucas, apenas capaz de contener la risa, se lanzó: —El cielo está en ladrillado, ¿quién lo desenladrillará?, el desenladrillador...

La carcajada fue general, incluso se oyó la del loro, que vociferó: —Vale, tío, me has convencido. Don Teófanos, cuya sonrisa parecía que se le había quedado pegada en la cara, insistió: —¿Ninguno de vosotros quiere dar una explicación?

REFLEXIONEMOS

- ¿Qué acciones o momentos nos representarán eficiencia, desempeño, progreso y ambiente de aula en el fragmento anterior?
- ¿Qué acciones tendrá que emprender el maestro Ciruela en beneficio del mejoramiento de los aprendizajes de todos los estudiantes articulado a nuestro lema institucional?